

que yace en calma, bello y venturoso, con sus profundas praderas, con sus verjeles y sus sombrías hondonadas, coronadas por un mar de estío, donde sanaré de mi dolorosa herida.» Creo que desde la Ifigenia de Goethe no se ha visto nada más sereno é imponente.

¿Cómo condensar en algunas palabras todos los caracteres de este talento tan múltiple? Es poeta de nacimiento, es decir, constructor de palacios aéreos y de castillos imaginarios. Pero le han faltado la pasión personal y las preocupaciones absorbentes que dominan por lo común la mano de sus iguales; no ha descubierto en sí propio el plano de un nuevo edificio; ha edificado con arreglo á todos los demás; se ha circunscrito á escoger entre las formas más elegantes, más adornadas, más exquisitas, tomando la flor de sus bellezas. A lo sumo, si por acaso se ha entretenido en arreglar algún *cottage* verdaderamente inglés y moderno. Si en esa selección de arquitecturas resucitadas ó renovadas se busca su huella, la adivinaremos en algún que otro friso más delicadamente esculpido, en algún rosetón más fino y airoso; pero no se verá marcada y sensible sino en la pureza y elevación de la impresión moral que se saca al salir de su museo.

## § 2.—EL PÚBLICO.

Parece que el poeta favorito de una nación debe ser el que un hombre culto se echa al bolsillo cuando va de viaje. Hoy ese poeta sería Tennyson en Inglaterra, y Alfredo de Musset en Francia. Los dos públicos difieren; por consecuencia, difieren sus géneros de vida,

sus lecturas y sus gustos. Tratemos de describirlos; se comprenderán mejor las flores viendo el jardín.

Llegáis á Newhaben ó á Douvres, y corréis por los rails, mirando en torno vuestro. Por una y otra parte desfilan casas de campo; las hay por doquiera en el país, á orillas de los lagos, en la ribera de los golfos, en la cumbre de las colinas, en todos los puntos de vista pintorescos. Son la morada preferida; Londres no es más que un centro de negocios; donde la gente vive, se divierte y recibe es en el campo. ¡Qué casa tan bien arreglada y tan linda! Si al lado existía alguna antigua construcción, una abadía ó un castillo, se conserva. El edificio nuevo se armoniza con el viejo; y, aun siendo sólo moderno, no carece de estilo: los aguilones, las grandes ventanas, las torrecillas cobijadas en todos los ángulos, ofrecen cierto aire gótico. Ese mismo *cottage*, tan modesto, mansión de quien sólo tiene treinta mil libras de renta, tiene un aspecto tan atractivo, con sus tejados puntiagudos, con su pórtico, con sus oscuros ladrillos barnizados, cubiertos de yedra. Verdad es que las más de las veces se echa de menos la grandeza; hoy los que forman la opinión no son ya los grandes señores, sino los *gentlemen* ricos, bien educados y propietarios. Lo que priva es lo atractivo. ¡Pero cómo lo entienden! Circunda toda la casa un césped fresco y sedoso como terciopelo. Enfrente un golpe deslumbrador de enormes rododendros, donde zumban enjambres de abejas; sobre la fina hierba se arrastran sinuosamente guirnaldas de flores exóticas; las madre selvas trepan por los árboles; cientos de rosas inclinadas al borde de las ventanas envían á las calles la lluvia de sus pétalos. Los hermosos olmos, los tejos, las grandes encinas preciosamente conservadas, se agrupan ó yerguen sus co-

lumnas por doquiera. Los árboles de Australia y de la China adornan los macizos con la elegancia ó la singularidad de sus extrañas formas; el *copperbeech* extiende sobre el verde delicado de las praderas la sombra de sus hojas negruzcas de cobrizos reflejos. ¡Qué deliciosa es la frescura de aquel verde! ¡Cómo centellea y cómo rebosa en flores campestres brillantadas por el sol! ¡Qué esmero, qué pulcritud, qué bien dispuesto, qué conservado y depurado todo para el bienestar de los sentidos y el regalo de la vista! Si hay una pendiente, se habilitan regueras con islillas pobladas de rosales, en el fondo del valle; patos de castas finas nadan en los estanques donde los menúfares despliegan sus estrellas satinadas. En la hierba se ven bueyes echados, carneros tan blancos como si acabasen de salir del lavadero, animales felices y modelos de todas clases, capaces de regocijar los ojos de un aficionado y de un amo. Volvemos á la casa, y, antes de entrar, miro la perspectiva: decididamente sienten el amor del campo. ¡Qué bien se estará en aquella gran ventana de la sala para contemplar la puesta del sol y el magnífico enrejado de oro que proyecta al través del oquedal! ¡Y qué diestramente se ha situado la casa para que el paisaje parezca ceñido de colinas á lo lejos, y guarnecido de árboles de cerca! Entramos. ¡Qué esmero y cuánta comodidad! Se han previsto las menores necesidades; allí no hay nada que no sea correcto y que no responda á los últimos adelantos; se apostaría que todos aquellos objetos han obtenido premio, ó, por lo menos, mención, en alguna Exposición de industria. Y el servicio corre parejas con los objetos; la limpieza no es más meticulosa en Holanda; proporcionalmente, tienen triple número de criados que nosotros, y no es mucho para los minuciosos pormenores

del servicio. La máquina doméstica funciona sin una interrupción, sin un enganche, sin un choque, moviendo cada rodaje en su punto y hora; y el bienestar que destila viene á caer en la boca cual rocío de miel, tan clarificado y exquisito como azúcar de refinería modelo.

Hablamos con nuestro huésped. Al momento se descubre que su alma ha estado siempre en equilibrio. Al salir del colegio, encontró hecho su camino: no tuvo que rebelarse contra la Iglesia, que es bastante razonable; ni contra la constitución, que es noblemente liberal; la fe y la ley que le ofrecen son buenas, útiles, morales, bastante amplias para dar lugar y abrigo á todas las diversidades de los espíritus sinceros. Se ha apegado á ellas, y de ellas recibe todo su sistema de ideas prácticas y especulativas: no fluctúa; no duda; sabe lo que debe creer y lo que debe hacer. No se deja arrastrar por teorías, ni entorpecer por la inercia, ni detener por las contradicciones. En otras partes, la juventud es como agua que se estanca ó desparrama; aquí hay un antiguo y excelente cauce que recoge y dirige hacia un fin útil toda la corriente de su actividad y de sus pasiones. Nuestro hombre obra, trabaja y gobierna. Está casado; tiene colonos; es magistrado municipal; se hace político. Mejora y rige su parroquia, sus tierras y su familia. Funda asociaciones; habla en los *meetings*; inspecciona las escuelas; administra justicia; introduce adelantos; utiliza sus lecturas, sus viajes, sus relaciones, su fortuna y su posición para guiar amistosamente á sus vecinos y á sus inferiores hacia alguna obra beneficiosa para ellos y para el público. Es poderoso y respetado. Disfruta de los halagos del amor propio y de las satisfacciones de la conciencia. Sabe que tiene autoridad, y que usa de

ella lealmente para el bien ajeno. Y ese buen estado de espíritu es alimentado por una vida sana. Es, á no dudar, espíritu culto y laborioso; es instruido; sabe varias lenguas; ha viajado; le gusta tener noticias precisas de todo; sus periódicos le tienen al corriente de todas las ideas nuevas y de todos los nuevos descubrimientos. Pero, al par, ama y practica todos los ejercicios corporales. Monta á caballo; da largos paseos á pie; caza; boga en su yate; sigue de cerca y por sí mismo todos los pormenores del cultivo y de la ganadería; vive al aire libre; resiste á la invasión de la vida sedentaria, que por doquiera conduce al hombre del día á las agitaciones del cerebro, á la extenuación de los músculos y á la excitación de los nervios. Tal es esa sociedad elegante y sensata, refinada en punto á bienestar, metódica en sus costumbres, con gustos de *dilettante* y principios de moralista que la encierran en una especie de recinto florido, impidiéndola mirar á otra parte.

¿Hay un poeta que cuadre á semejante sociedad mejor que Tennyson? Sin ser pedante, es moral; puede ser leído en familia; no se rebela contra la sociedad ni contra la vida; habla de Dios y del alma noble y tiernamente sin preocupación de sectario; no siente necesidad de maldecir como lord Byron; no usa palabras violentas y abruptas; no revela sentimientos desafiados y escandalosos; no pervertirá á nadie. Se cerrará el libro sin la menor alteración, y acto continuo podrá escucharse sin contraste la voz grave del jefe de la casa, que, delante de los criados arrodillados, recita la oración de la noche. Y, con todo, se conserva en los labios una sonrisa de placer. El viajero y el aficionado á arqueología ha disfrutado con las imitaciones de los estilos extraños y arcaicos. El cazador y

el amante del campo han saboreado las escenas rurales y ricas pinturas de paisaje. Las señoras se han embelesado con los retratos de mujeres. ¡Son tan exquisitos y tan puros! ¡Ha puesto el autor sobre aquellas hermosas mejillas tan delicados rubores! ¡Ha pintado tan bien la móvil expresión de aquellos arrogantes ó cándidos ojos! Le profesan cariño, porque comprenden que él se le profesa; más aún: que las honra y que se remonta, por la nobleza de su alma, al nivel de su pureza. Las jóvenes lloran escuchándole: cuando hace poco se leía la leyenda de Elaine ó de Enida, inclinábanse algunas cabezas rubias adornadas de flores, y los blancos hombros palpitaban á impulsos de una furtiva emoción. ¡Y qué emoción tan delicada! El poeta no ha hundido rudamente el pie en la verdad y en la pasión. Se ha deslizado por la cumbre de los sentimientos nobles y tiernos; ha recogido lo más grato y elevado que existía en la naturaleza y en la historia. Ha escogido sus ideas; ha cincelado sus palabras; ha igualado con el artificio, con los triunfos y la diversidad de su estilo, los atractivos y la perfección de la elegancia mundana en medio de la cual le leemos. Su poesía se parece á una de esas jardineras doradas y pintadas donde las flores nacionales y las plantas exóticas mezclan en artística armonía sus flecos y cabelleras, sus racimos y sus cálices, sus perfumes y colores. Parece hecha expresamente para esos burgueses opulentos, cultos, libres, herederos de la antigua nobleza y jefes modernos de una Inglaterra nueva; forma parte de su lujo y de su moral: es una confirmación elocuente de sus principios y un mueble precioso de su salón.

Volvemos á Calais, y corremos hacia París, sin detenernos en el camino. En ese camino hay ciertamente

palacios de nobles y casas de burgueses ricos. Pero no encontraremos allí, como en Inglaterra, la sociedad inteligente y elegante, la que por la delicadeza de su gusto y la superioridad de su talento es guía de la nación y árbitro de la belleza. Hay en Francia dos pueblos: las provincias y París: uno que come, duerme, bosteza y escucha; otro que piensa, emprende, vela y habla; el primero arrastrado por el segundo como una limaza por una mariposa, y tan pronto entretenido como alarmado por los caprichos de su conductor. Ese conductor es el que hay que ver. ¡Entramos! ¡Qué extraño espectáculo! Es de noche; las calles fulguran; un polvo luminoso envuelve la muchedumbre afanada y numerosa, que se agolpa, se codea, se apiña y bulle en las inmediaciones de los teatros y detrás de las vidrieras de los cafés. ¿Habéis advertido qué contraídas, qué fruncidas ó pálidas están aquellas caras, qué miradas tan inquietas, qué ademanes tan nerviosos? Los cráneos relucen con aquella violenta claridad: la mayoría de esos hombres están calvos antes de los treinta años. Para encontrar placer allí, menester es que tengan mucha necesidad de excitación; el polvo del *boulevard* impregna el helado que toman; el olor del gas y las emanaciones del arroyo, el sudor que deja en las paredes ajadas la fiebre de un día parisiense, «el aire humano lleno de sarrillos inmundos», he ahí lo que van á respirar á sabiendas. Allí se apiñan alrededor de las mesitas de mármol, asediados por la luz cruda, por los gritos de los camareros, por el runrún de las conversaciones, por el desfile monótono de los transeuntes taciturnos, por el roce de faldas de las mozas que rondan en la sombra ansiosamente. Sin duda es desagradable su hogar, porque, de otro modo, no le cambiarían por esas distracciones

de viajantes. Subimos cuatro pisos, y vemos una habitación reluciente, dorada, decorada con adornos de estuco, con estatuas de yeso, con muebles nuevos de roble viejo, con toda clase de chucherías en las chimeneas y en las *étagères*. Todo aquello «aparenta»; se puede recibir allí á los amigos envidiosos y á las personas de viso. Es un cartel, y nada más. Es un sitio donde puede pasarse agradablemente media hora; pero nunca haréis de él más que un lugar de paso: es bajo, reducido, incómodo, alquilado por un año, ensuciado en seis meses, bueno para ostentar un lujo postizo. Todos los goces de esos hombres son ficticios y como arrancados de pasada; tienen algo de insano é irritante. Se parecen á la cocina de sus *restaurants*, al resplandor de sus cafés, á la alegría de sus teatros. Los quieren demasiado prontos, demasiado vivos, demasiado múltiples. No los cultivan con paciencia ni los cosechan con moderación; los hacen brotar en un terreno artificial y caldeado, y los devoran precipitadamente. Son refinados y ansiosos: todos los días necesitan una provisión de palabras pintorescas, de anécdotas candentes, de burlas mordaces, de verdades nuevas, de ideas variadas. Se aburren pronto, y no pueden sufrir el aburrimiento. Se divierten hasta más no poder, y creen que apenas se divierten. Exageran su trabajo y sus gastos, sus necesidades y sus esfuerzos. La acumulación de las sensaciones y de la fatiga pone en excesiva tensión su máquina nerviosa, y su barniz de jovialidad mundana se desconcha veinte veces al día, dejando ver un fondo de sufrimiento y de ardor.

Pero ¡qué refinamiento el suyo, y qué espíritus tan libres! ¡Qué prontitud para penetrarlo y comprenderlo todo! ¡Qué aptitud la de ellos, gracias á esa selecta y

variada cultura, para experimentar ternuras y tristezas desconocidas de sus padres, sentimientos profundos, originales y sublimes, que hasta aquí parecían extraños á su raza! Esta gran ciudad es cosmopolita: aquí pueden nacer todas las ideas; ninguna barrera detiene á los espíritus; ante ellos se abre el campo inmenso del pensamiento, sin camino trillado ó prescrito. No los encadena ni los guía la práctica; tienen un gobierno y una iglesia oficial para eximirlos del cuidado de dirigir á la nación; se sufren los dos poderes como se sufre al pertiguero y al alguacil, con paciencia y chacota; no se los mira más que á la manera de un espectáculo. En resumen: la sociedad no aparece aquí más que como una obra dramática, asunto de crítica y de discusión. ¡Y cuidado si se dan rienda suelta la crítica y la discusión! Un inglés que entra en la vida, halla respuestas hechas sobre todas las grandes cuestiones. Un francés que entra en la vida, no halla más que dudas propuestas sobre todas las grandes cuestiones. Forzoso es que, en este conflicto de opiniones encontradas, se elabore su propia fe; y, no lográndolo las más de las veces, permanece á merced de todas las incertidumbres, y, por consecuencia, entregado á todas las curiosidades y también á todas las angustias. En ese vacío, que es á modo de un vasto mar, se amontonan y se suceden como nubes la quimeras, las teorías, las ilusiones, los apetitos desordenados, poéticos y enfermizos. Si en tal tumulto de formas móviles se busca alguna obra sólida que prepare un asiento á las opiniones futuras, no se ve más que las lentas fábricas de las ciencias, que ocultamente, á modo de pólipos submarinos, construyen con corales imperceptibles la base en que se apoyarán las creencias del género humano.

He aquí el mundo para el cual escribía Alfredo de Musset; en este París hay que leerle. ¿Leerle? Todos nos le sabemos de memoria. Murió, y parece que todos los días le oímos hablar. Una conversación de artistas que bromean en un taller, una hermosa joven que se inclina en el teatro sobre la barandilla de su palco, una calle lavada por la lluvia donde relucen las losas ennegrecidas, una mañana fresca y risueña en los bosques de Fontainebleau, todo le hace presente y como revivir á nuestros ojos. ¿Hubo nunca acento más vibrante y sincero? Ese nunca mintió. No dijo más que lo que sentía, y lo dijo como lo sentía. Pensaba en alta voz. Hizo la confesión de todo el mundo. No se le admira; se le ama. Era más que un poeta: era un hombre. Todos reconocían en él sus propios sentimientos, incluso los más fugitivos y los más íntimos. Se abandonaba; se entregaba; tenía las últimas de las virtudes que nos quedan: la generosidad y la sinceridad. Y poseía el más precioso de los dones que pueden seducir á una civilización envejecida: la juventud. ¡Cómo habló «de esa ardiente juventud, árbol de ruda corteza, que todo lo cubre con su sombra, horizontes y caminos»! ¡Qué bríos en aquellas explosiones del amor, de los celos, de la sed del placer, de todas las pasiones impetuosas que suben con las oleadas de una sangre virgen de lo más profundo de un corazón juvenil! ¿Las ha sentido más alguien? El rebotaba y se embriagaba en ellas. Se lanzó al través de la vida como un caballo de raza encabritado en el campo, á quien el olor de las plantas y la magnífica novedad del anchuroso cielo precipitan en vertiginosas carreras que todo lo destrozan y van á destrozarle á él. Pidió demasiado á las cosas: quiso saborear de golpe toda la vida con ansiosa avidéz; no la cosechó, ni la gustó;

la arrancó como un racimo, apretándola, estrujándola y retorciéndola; y se quedó con las manos embadurnadas, tan sediento como antes (1). Entonces estallaron aquellos sollozos que han resonado en todos los corazones. ¡Qué! ¡tan joven y tan cansado ya! ¡Dones tan preciosos, un talento tan fino, un tacto tan delicado, una fantasía tan móvil y tan rica, una gloria tan precoz, una expansión tan repentina de belleza y de genio, y en el mismo instante las angustias, el disgusto, las lágrimas y los gritos! ¡Qué mezcla! Con el mismo ademán adora y maldice. La eterna ilusión y la invencible experiencia marchan á la par en él para combatirse y desgarrarle. Se hizo viejo, y permaneció joven; es poeta, y es escéptico. Apenas pasan ante sus ojos la Musa y su apacible belleza, la Naturaleza y su frescura inmortal, el Amor y su sonrisa venturosa, todo el enjambre de visiones divinas, cuando se ve acudir entre maldiciones y sarcasmos á todos los espectros del libertinaje y de la muerte. Figuraos un hombre que, en medio de un festín, donde ocupa el primer puesto, brinda en copa cincelada, entre los aplausos y los acordes de la música, con los ojos risueños, con la alegría en el fondo del corazón, enardecido y vivificado por el vino generoso que desciende á su pecho, y que súbitamente palidece. Había veneno en el fondo de la copa. El hombre cae y agoniza; sus pies convulsos golpean la alfombra de seda, y todos los convidados miran con estupor. He ahí lo que hemos sentido el día en que el más amado y brillante de entre nosotros palpité herido por un golpe invisible, desplomándose

(1) «¡Oh mediocridad! El que te trae por todo bien á este garito repulsivo de la vida, apocado es para el juego si no dice: Todo ó nada.»

con un hipo fúnebre entre los esplendores y las alegrías falaces de nuestro banquete.

¡Pues bien! Tal y como fué, nos atrae siempre; no podemos oír á otro. Todos nos parecen fríos ó falaces á su lado. Salimos á media noche de aquel teatro en que escuchaba á la Malibrán, y entramos en esa lúgubre calle de los Molinos, donde en un lecho pagado fué á dormir y á morir su Rolla. Los faroles proyectan vacilantes reflejos sobre las losas resbaladizas. De las puertas salen sombras recelosas que se adelantan al encuentro de los transeuntes, arrastrando faldas ajadas de seda. Los huecos están cerrados; tal cual rayo de luz atraviesa por una madera mal cerrada, y permite ver una dalia seca en el alféizar de una ventana. Mañana rechinará un organillo delante de esas vidrieras, y las pálidas neblinas dejarán sus resudaciones sobre esas sucias parades. ¡Qué! ¡de ese inoble lugar es de donde salió el más apasionado de los poetas! ¡Esas fealdades y esas vulgaridades de chiribitil y de posada son las que hicieron fluir tan divina elocuencia! ¡Las que concentraron en aquel corazón herido todas las magnificencias de la naturaleza y de la historia para que brotaran luego en raudales deslumbradores iluminados por el más ardiente sol de poesía que jamás hubo! No puede uno menos de conmoverse, pensando en aquel otro poeta que allá, en la isla de Wight, se entretiene en reconstruir épocas extinguidas. ¡Qué feliz es entre sus bellos libros, sus amigos, sus madreselvas y sus rosas! No importa. Este, en aquel mismo sitio, en medio de aquel fango y de aquella miseria, se remontó más. Desde la cumbre de su duda y su desesperación vió el infinito como se ve el mar desde lo alto de un promontorio azotado por las borrascas. Las religiones con su esplendor y

su ruina, el género humano con sus dolores y su destino, cuanto de sublime hay en el mundo, se le apareció entonces al fulgor de un relámpago. En aquel momento de su vida, por lo menos, sintió esa tempestad interior de sensaciones profundas, de ensueños gigantes é intensas voluptuosidades, cuyo deseo le hizo vivir y cuya falta le hizo morir. No fué un simple *dilettante*; no se contentó con gustar y gozar; imprimió su sello en el pensamiento humano; dijo al mundo lo que es el hombre, el amor, la verdad, la felicidad. Sufrió, pero inventó; desfalleció, pero produjo. Arrancó desesperadamente de sus entrañas la idea que había concebido, y la expuso á los ojos de todos ensangrentada, pero viva. Eso es más difícil y más grande que ir á acariciar y contemplar las ideas de otros. No hay en el mundo más que una obra digna del hombre: dar á luz una verdad á que nos entregamos y en que creemos. El público que ha oído á Tennyson vale más que nuestra aristocracia de burgueses y de bohemios; pero entre los dos poetas, yo prefiero á Alfredo de Musset.

FIN

## ÍNDICE DE AUTORES

Y

### BIBLIOGRAFIA SUMARIA DE SUS OBRAS

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### La novela.—Dickens.

Páginas 8 y siguientes. *Carlos Dickens*, 1812-1870.

Son innumerables las ediciones.

*La edición de Carlos Dickens*. Londres, 1867-1873, 21 vols. en 8.º

*La edición de lujo*, Londres, 1881, 30 vols. en 4.º

*Vida*, por J. Forster. Londres, 1872-74, 3 vols. en 8.º

(Contiene una porción de documentos biográficos.)

Fechas principales: *Bosquejos*, por Boz, 1836-37 (primera obra); *Pickwick*, 1837; *Twist*, 1838; *Nickleby*, 1839; *Almacén de antigüedades*, 1840-41; *Chuzzlewit*, 1844; *Dombey*, 1848; *Copperfield*, 1850; *Dorrit*, 1857; *Dos ciudades*, 1859.

#### CAPÍTULO II

##### La novela (continuación).—Thackeray.

Páginas 61 y siguientes. *Guillermo Makepeace Thackeray*, 1811-1863.

*Obras*, ediciones muy numerosas. Una de las más hermosas es la *edición de lujo*. Londres, 1878-86, 26 vols. en 4.º

*Colección de cartas*, 1847-55, edición de Mr. J. O. Brookfield. Londres, 1887 en 8.º